



IMP. SIMON RAÇON.

D. O'CONNELL

CAPÍTULO VIII.

Reflexiones delante de Dublin. — Sus estatuas. — Un fenómeno. — Verdadera situación de Irlanda. — ¿Por qué no reclaman los Irlandeses? — Multitud de mendigos. — La indigencia frente á los palacios. — Un recuerdo. — Ilusiones. — La célebre basilica de San Patricio. — Tradición popular. — El lord primado.

Entrando en Dublin, en vano buscaba mi vista los antiguos palacios de la nobleza de Irlanda, en vano los viejos castillos, morada de sus príncipes, y en vano también los templos suntuosos que consagraron á Dios los primeros apóstoles de su fe, Patricio, Lorenzo y Malaquías; ni recuerdo de ningún género de los soberanos que nacidos allí mismo conservaron en sus manos el poder durante una larga serie de años divisaba en alguna parte: en su lugar columnas alzadas á reyes que el pueblo aborreció de muerte, templos levantados por el poder para un culto que la inmensa mayoría de la nación mira con horror, y palacios formados de los escombros mismos de los antiguos para abrigar instituciones establecidas al parecer con el objeto de insultar en su desgracia á un reino entero, que con su existencia política todo lo ha perdido, ménos su religión y su patriotismo que lo hacen digno de mejor suerte.

La estatua del inmortal O'Connell, que se deja contemplar (1) en esa actitud noble y enérgica del que defiende la

(1) En la Bolsa.

causa de la patria, parece exhortar todavía á sus conciudadanos á mantener vivo en el corazon el fuego sagrado de la fe y el ardor entusiasta del patriotismo, que forman héroes en todas las edades. Á sus piés he visto diariamente bellas guirnaldas que nadie ofrece á la de Jorge III que tiene delante. Las dos grandes columnas levantadas en las plazas de Dublin á Nelson y al duque de Wellington no son recuerdos que consagra el amor nacional como la estatua de O'Connell; son monumentos que alza la política y el poder de los gobiernos al fiel ejecutor de sus proyectos. ¿Qué hizo en favor de Irlanda, su patria, el duque de Wellington para merecerle los honores del apoteosis? ¿Acaso desconocerla y olvidarla ingratamente son virtudes que deben recomendarse al pueblo con suntuosos monumentos? Ni la memoria de los monarcas cuyas estatuas se ven en las calles de Dublin, ¿qué lugar puede tener en el corazon de los Irlandeses, que han sufrido los efectos de su dureza y opresion?

Estas son las reflexiones que inspiran los monumentos y las estatuas de Dublin. Para mí, esta misma, como todo el reino de que es capital, es un verdadero monumento de amor patrio y de constancia religiosa. Unido á Inglaterra, rechazó no obstante con ejemplar heroísmo la reforma promulgada por Enrique VIII, y su firmeza se sobrepuso á las inhumanidades con que este y su hija Isabel quisieron forzarle á suscribirla. En vano sus hermosos templos fueron entregados á los protestantes, en vano fueron quemadas las santas reliquias y profanados cuantos objetos venerables aquellos contenian; en vano en los excesos de la persecucion mas atroz fueron reducidos á cenizas los palacios de sus próceres; y en vano se hizo morir por mano de verdugo á los prohombres de la nacion vilmente calumniados por el poder mismo que los condenaba: sobre esa sangre heroica derramada en los calabozos y confundida con la de los malhechores, el pueblo juró fidelidad á su conciencia

católica. ¿Cuál vino á ser entónces el resultado de tantos crímenes cometidos para pervertir la fe de una nacion entera? Arrojar sobre el trono de la Gran Bretaña una mancha que jamas se borrará, y encabezar el proceso que inició entónces mismo la razon humana contra el protestantismo, y en el que fallaron condenando á este todas las conciencias rectas del mundo social.

En necesario convenir que la existencia del catolicismo en Irlanda, tal como lo vemos, es un verdadero fenómeno. Los sucesores de Enrique VIII en el trono del Reino Unido se han sucedido durante tres siglos: cada uno ha tenido sus ideas y sus proyectos que revelan poco mas ó ménos su política, conforme ó no con la de sus antecesores; pero han estado *todos* perfectamente de acuerdo para oprimir la Irlanda. El siglo actual, que ha pretendido apellidarse *de libertad*, y en el que todas las naciones del Viejo y del Nuevo Mundo han dejado sentir mas ó ménos sus exigencias á este respecto, no ha sido para los Irlandeses de mejor condicion que los anteriores. Al frente del gabinete de San Jámés ha estado durante largos años un hombre tan conocido por sus manejos políticos como por su falta de afecto al catolicismo; miéntras se ocupaba en atizar el fuego de la discordia entre los gobiernos continentales de Europa, no se olvidó de afligir á la Irlanda con nuevos actos de opresion. Todo el mundo sabe los medios de que se valió alguna vez para dar visos de legalidad á disposiciones á todas luces injustas y arbitrarias. ¡Parece se habia propuesto anular del todo aquella nacion desgraciada! Su deseo habria quedado satisfecho, á no salirle al encuentro la elocuencia irresistible del inmortal O'Connell, que le sorprende y le detiene en el desarrollo de su plan. Resigna su encargo, pero el que le sucede necesita apoyarse en las simpatías del protestantismo, necesita hostilizar á la Irlanda católica, y hace en efecto su primer ensayo apoyando en la cámara de los comunes un proyecto para despojar

al colegio de Maynooth de la asignacion nacional de que goza.

Los escritores ingleses que quieren encontrar la única causa de la decadencia de la Irlanda en el genio de sus habitantes, inclinado, segun ellos, á la ociosidad, deben, ántes de emitir su juicio, recorrer las que han enumerado otros mas imparciales, deben combatir las, si les es posible, y luego apoyar en hechos y razones aquella *única* que existe segun su parecer. Hé aquí algunas de las que yo encuentro, y que son de tanto bulto que cualquiera podrá percibir las sin trabajo. La opresion en que viven los Irlandeses les reduce á la miseria: un país como el de estos está llamado á ser agrícola, mas todos saben que una gran parte de su territorio está repartida entre pocas familias inglesas é irlandesas, así como tambien que ninguno de estos nobles se ocupa del cultivo de su propiedad, sino que para hacerla productiva la arriendan á especuladores, quienes subdividiéndola en pequeñas porciones la traspasan á los labradores á precios muy subidos, obligándoles ademas al pago de las contribuciones territoriales. Miétras que los primeros nadan en Lóndres en la opulencia, consumiendo libras á millares, no solo en el *confort* de sus personas y familia, sino en el *regalo de sus perros y caballos*, sus propiedades en Irlanda son teatro de escenas bien diversas. Ese pobre labrador que recibió bajo exorbitantes condiciones un pequeño campo, ha trabajado sin descanso todo el año para cultivarlo; mas no habiendo la cosecha sufragado bastante para los crecidos pagos que debe hacer por su contrata, resulta adeudado, y sin remedio se ve puesto en la calle con su mujer y con sus hijos, despues de ser despojado de cuanto posee. No se crea que exageramos: la Irlanda ve repetirse cada dia estos tristisimos espectáculos.

Las contribuciones son ademas tan subidas como en ningun otro país: la que corresponde tan solo al pago del culto

protestante sube á millones de libras, ; que pagan siete millones de individuos eminentemente católicos! ; individuos que rechazan á ese clero, y con él rechazan tambien el culto que predica! Tuve ocasion de conocer la severidad con que los procuradores de esta renta ejecutan su exaccion, así como las impresiones horribles que causa su pago en el ánimo de los contribuyentes. Agréguese á esta contribucion, de suyo tan injusta como inmoral, el largo catálogo de las restantes que cargan sobre el pueblo, y dígase despues si puede progresar una nacion que vive sometida á semejantes exacciones. Ni se conteste: « Los Irlandeses tienen representantes en las cámaras que pueden reclamar y pedir la moderacion de tales contribuciones. » ¿Y no lo han pedido ya? les diremos abriendo el rol de las discusiones del parlamento. ¿No lo han solicitado repetidas veces desde que pudieron dejar oír su voz en las cámaras para referir la triste historia de su opresion y de sus vejámenes? ¿Y qué han conseguido? Nada, ni nada conseguirán; pues por otra injusticia flagrante no se les concede la representacion que legítimamente les corresponde. Compárese su poblacion con la de los otros Estados que forman el reino unido de la Gran Bretaña, y compárese luego el número de diputados que elige cada cual para su representacion, y se conocerá la justicia que asiste á la Irlanda para llamarse *defraudada de su representacion*. Pero esto no satisface todavía á sus opresores: despues de privarla de la plena representacion que le corresponde, la obligan á elegir individuos que ella rehusa abiertamente. Los católicos, como es natural, se empeñan para elegir diputados que participen de sus mismas convicciones, miétras que el gobierno pone en juego todos sus recursos para que la eleccion recaiga en candidatos que le sean adictos. De aquí nacen choques á veces sangrientos que se repiten en los condados, y en los cuales el gobierno y sus agentes han recibido poco hace lecciones harto dolorosas.

Podríamos aun agregar otras causas que influyen de una manera eficaz en la decadencia de Irlanda, pero ellas nacen naturalmente de las que dejamos enumeradas. Las consecuencias sensibles, los efectos palpables que producen los presencian todos. Dentro y fuera de la ciudad se encuentra una multitud de mendigos: el rostro escuálido de cada uno, su vestido de harapos y su expresion acompañada de lágrimas son el idioma mas vivo con que puede hablar la indigencia que les aflige. Piden algo para no morir de hambre, y lo piden en muchas ocasiones de rodillas, teniendo la madre en brazos al hijo que llora de necesidad á una con ella. En los caminos que conducen al interior de la isla, este cuadro que aflige recibe todavía mas tristes coloridos de las familias enteras que emigran, dejando la tierra que les vió nacer para ir á procurarse á playas remotas el sustento de que carecen en su propio país. Diligencia vana seria buscar el viático de estos infelices, porque ninguno se les encontrará fuera de los andrajos que les cubren y las criaturas que gimen en su rededor. La poblacion decae por todas estas causas visiblemente, y el gobierno inglés manifiesta interes por esta decadencia. ¡ En los diez últimos años ha perdido Irlanda dos millones de habitantes !....

Coloquemos ahora esta miseria personificada, por decirlo así, al lado del lujo oriental que brilla en las casas de los grandes propietarios que disfrutan desde la reforma las rentas que pertenecieran á los nobles Irlandeses. Despues de atravesar bellos campos en que pacen rebaños de ciervos, de ovejas y de vacas, se arribará al fin á los palacios donde pasan aquellós la estacion que llaman *de placer*. Hermosos chapiteles, estatuas de mármol, pavimentos y escalas de alabastro realzan el exterior material de estos edificios, mientras que tapices riquísimos decoran las murallas y el piso de sus infinitos salones, que contienen ademas vajilla de oro y plata, bibliotecas, pinturas, museos de antigüe-

dades, y otros mil objetos inventados por el lujo y sostenidos por la vanidad. Las oficinas mas subalternas, los departamentos de los criados que se suceden unos á otros, las casas de los perros y de las fieras, los pesebres de los caballos, los bosques, los prados, los jardines, los juegos de agua, las estatuas, todo, todo revela opulencia, profusion, y tambien si se quiere sensualidad.

Mientras que recorria el palacio de Leinster, uno de los mas suntuosos de Irlanda, la famosa abadía de Leinster ni un instante se apartaba de mi imaginacion: esos prados, esos bosques, ese mismo suelo donde ahora se eleva un regio edificio, fueron morada de humildes religiosos. El esplendor mundano nada tenia entonces que presentar allí capaz de excitar la admiracion de los hombres; pero la fe y la religion; cuántos objetos ostentaban infinitamente mas bellos y magníficos! Los pobres que desnudos y hambrientos dirigen ahora sus pasos vacilantes por los caminos, inspirando compasion en unos y horror en otros, protegidos entonces por los monjes, venian al toque de campana y en tropel á unir sus cánticos con los del coro para bendecir al Dios del cielo, que á la sombra del monasterio les concedia abundancia y felicidad. En algunos muros antiguos que se divisan á distancia del palacio, me parecia encontrar los restos del templo de la abadía. Quizá me equivocaba...; Pero cuánto embriagan el alma las ilusiones que la trasportan á tiempos mas felices del pasado! Me parecia ver á los monjes de Leinster; me parecia oir su salmodia encantadora.... mas era todo ilusion, era fantasía: el grave canto del coro monacal dejó de oirse hace tres siglos, y los monjes mismos desaparecieron como los últimos crepúsculos que se esconden cuando pasa el dia en el espesor de las nubes que anuncian la próxima tempestad.

La antigua basilica de San Patricio es un monumento que publica hasta hoy el esplendor que desde siglos atras

tuvo la capital de Irlanda. Este edificio, que inmóvil ha presenciado los trastornos y las variaciones de doce siglos, existe en el mismo lugar donde el apóstol de Hibernia puso los cimientos del primer templo cristiano erigido en Dublin. Su arquitectura gótica, su extensión vastísima, la seriedad de sus adornos y de sus relieves, tumbas de príncipes y de obispos que vivieron en el siglo once, los diversos jeroglíficos que pertenecen á esta misma época remota, la antigüedad que resalta en el conjunto de todo esto, le dan un aspecto venerable que despierta el sentimiento religioso en el corazón del que le mira. La apostasía de un traidor que vendió su conciencia á la reina Isabel estampó las formas protestantes en este santuario, célebre en toda la extensión del catolicismo; su tabernáculo fué profanado, sus imágenes despedazadas, y sus altares fueron derribados para dar lugar á monumentos en que la apostasía, la sensualidad y los otros vicios degradantes al hombre son recomendados como virtudes. En el fondo de la basílica se conservó mientras tanto un rincón oscuro adonde iban á parar los suspiros de los piadosos Irlandeses: allí derramaban su corazón afligido, y pedían al Cielo protección. No tardó el apóstata en apercibirse de tan piadosa diligencia: hizo sacar de allí el objeto de una devoción tan ardiente y que bien le reprochaba su abandono vergonzoso. Era aquel las reliquias de S. Patricio, eran su mitra y báculo pastoral que la mano del verdugo no tardó en quemar en el pórtico de su propia catedral. Desde entonces la inmensa basílica se ve desierta, decae su edificio majestuoso, gastado no tanto por el tiempo cuanto por la incuria de sus encargados: varios de sus arcos están sostenidos por puntales, y rotos del todo los bellos capiteles de sus pilastras y cornisas.... Caerá al fin si la misma mano robusta que lo levantó no viene en su auxilio para sostenerlo.

Una tradición que guardan los Irlandeses asegura que S.

Patricio « hizo brotar en esta iglesia una fuente con cuya agua sanaba los enfermos. » Yo pregunté por ella al ministro anglicano que me mostraba la iglesia: estaba seguro que me había de negar el hecho, si obraba consiguiente con los principios de su creencia; mas no sucedió así, y con asombro mío: *Venga V.*, me dijo, *yo le conduciré á la persona que se la ha de mostrar.* En efecto, me llevó á la capilla de S. Pablo, y una mujer que allí estaba, abriendo una reja de hierro, me señaló una fuente que efectivamente contenía bastante agua. « V. pagará alguna cosa, me dijo ella.... — ¿ Pero es esta la fuente de S. Patricio? — Sin duda alguna: ¿ quiere V. beber un poco de su agua milagrosa? — ¿ Por qué la llama V. milagrosa? — ¿ Cómo!... ¿ no sabe V. cuánto hicieron por searla los reformistas en el siglo XVI? — ¿ V. es católica? — ¿ Cómo católica! si soy la esposa del parzon (1) que ha conducido á V. aquí. » Tomé pues el agua, y poniendo dos chelines en manos de quien me la ofreció, me persuadí aun mas que el interés es símbolo de fe para hombres cuyas creencias son tan vagas que no pueden asegurar ni lo que creen, ni lo que dejan de creer.

Ni es ménos célebre que la basílica de San Patricio la catedral del Cristo, donde se ven los sepulcros de Stronphon, de Enrique II, de la reina Eva y de otros príncipes de la edad média. Despojados de sus templos los católicos, esta fué destinada para las funciones del primado anglicano: yo deseaba presenciar el servicio y oír la predicación de este. Teniendo al frente en Dublin oradores tan elocuentes como Neuman y Morray, y en medio de un catolicismo tan fervoroso y constante como el de los Irlandeses, me parecía que el primado anglicano dejaría oír su voz en la catedral del Cristo para alentar á la perseverancia á sus prosélitos; pero por muy lógico que fuese mi juicio, el hecho lo fal-

(1) Cura protestante.

sificaba completamente. En el servicio del domingo habia muy poca concurrencia : pregunté por el lord primado, y se me dijo que *jamas asistia á su iglesia*, contentándose con dar unas pocas libras á un vicario suyo para que llenase sus funciones. ¡Ved ahí, dije para mí, el celo de los reformistas! ¡Ved ahí los pastores que pretenden suceder á los Apóstoles, *que decian de si mismos* : « Nosotro os predicamos....; nosotros os amonestamos; vosotros oisteis constantemente nuestra voz; vosotros nos conoceis, y nosotros os conocemos tambien.... » Triste es la condicion de las invenciones humanas que, sin apoyarse en la autoridad de la conciencia, dejan al hombre en libertad para llenar ó no lo que en otro caso y bajo el influjo de principios mas rectos se estimaria como el mas sagrado de los deberes!



CAPÍTULO IX.

El cambio. — Educacion protestante. — Universidad de Dublin. — Los colegios de la Reina y las escuelas nacionales. — Conflictos de la política. — El gran seminario de Maynooth. — Tentativas del gabinete británico. — Colegios católicos. — Sociedades literarias. — Castlenock. — Las escuelas gratuitas. — Sacrificios. — El canto religioso. — Universidad católica de Irlanda.

Cuando Napoleon el Grande disponia á su arbitrio de los tronos y resolvia con el filo de su espada la suerte de los imperios, la Inglaterra divisó no muy lejano el sombrío porvenir que le aguardaba, creyendo con razon que su suerte no seria diferente de la que corrieron las otras naciones sometidas al poder del moderno Alejandro. La política le aconsejó pues remover ántes los elementos de revolucion que sus leyes opresoras habian aglomerado en Irlanda para acudir despues á su defensa exterior. El gabinete de San Jámés conocia bien le seria imposible contener una insurreccion de los Irlandeses, en los momentos en que Napoleon amenazaba á la Inglaterra; quiso contentarlos, concediendo proteccion á la educacion del clero católico, que se hacia en un colegio mandado establecer por el parlamento.

Desde la época de Enrique VIII y de la reina Isabel este fué uno de los muy pocos actos de reparacion que recibió la justicia de Irlanda, enormemente vulnerada por los actos abusivos del gobierno británico; y que si se repitieron mas tarde, fué cuando la causa de aquella, defendida con valor por la elocuencia irresistible del inmortal O'Connell, disper-